

Jacinta, una niña de doce años, asidua lectora de libros de fantasía viaja acompañando a su madre, quien realizará un estudio de la flora en la isla de Chiloé. En el automóvil de color rojo, lleva su infaltable instrumento musical: la viola, para estudiar y distraerse en el hermoso lugar de la región de Los Lagos, mientras su madre trabaja. En los asientos traseros del auto van sentados dos amigos y compañeros de colegio, Pedro y Ana, gemelos, de la misma edad que Jacinta. Los niños viven con su tía mientras estudian en Santiago y les ha pedido el favor de trasladarlos con ellas para ver a sus padres, durante estos días de vacaciones escolares, en el viaje al sur de Chile.

Emocionados por el largo recorrido de quince horas más o menos hasta Castro, la ciudad más grande de Chiloé, los niños juegan formando palabras con una consonante mencionada y entonan entretenidas canciones para pasar el rato.

En el trayecto se detienen en una gasolinera a comer algo, pues salieron muy temprano tomando un desayuno leve. Los niños juegan un rato en el prado que hay en el lugar, van al baño, se lavan y vuelven a subir al auto para continuar con el recorrido.

La mamá de Jacinta trata de distraer a los niños para que no se aburran mientras viajan y les cuenta que su auto es increíble y mágico.

—Cada vez que hago un largo viaje, me proporciona una fantástica aventura, llevándome a gratos lugares que quedan en mi recuerdo —dijo la mamá.

—¡Oh! ¿Y nosotros tendremos una de esas aventuras? —preguntó Jacinta, sin tener respuesta.

—A mi me gustaría pasear en el Caleuche, el famoso barco fantasma —dijo Pedro.

—Cuando éramos pequeños, mi padre nos llevaba a visitar a la abuela en Ancud y en la plaza nos deteníamos a contemplar la estatua de la Pincoya, que parecía querer decirnos algo, me gustaría conocerla y hablar con ella —dijo Ana. ¡Esa sería mi aventura!

—Si —ojalá que tu auto nos regale una aventura mamá —volvió a decir Jacinta.

En la siguiente etapa del viaje, los niños leen en voz alta algunas páginas del libro "El Reino del Dragón de Oro, que junto a La ciudad de las bestias y El Bosque de los Pigmeos", de la escritora Isabel Allende, es la trilogía preferida de Jacinta. Más tarde, juegan a las adivinanzas y el tiempo va pasando con rapidez inaudita.

Cansados, Pedro y Ana, con sentimentalismo, cuentan que la situación económica de la familia es muy mala, pues su padre trabaja como pescador de mariscos. En los últimos tiempos, la recolección en el mar escasea, por lo que no puede seguir manteniéndolos en la capital y pagar el colegio. Lo más probable es que no regresen a Santiago.

Están contentos de visitar a mamá y a papá, pero les gustaría poder continuar con sus estudios en Santiago. Ana quiere ser profesora y regresar a Chiloé a dar

clases a los niños del lugar y Pedro, aunque aún no sabe qué quiere ser, le gustan mucho las matemáticas y la biología.

Al llegar a Puerto Montt, subieron el auto al transbordador para cruzar las azules y maravillosas aguas del canal de Chacao hacia la isla de Chiloé.

Jacinta quedó impresionada por la belleza de las casas de colores llamadas palafitos, la verde vegetación de helechos, de musgos e increíbles bosques llenos de arrayanes, robles y avellanos.

Dejaron a Pedro y Ana en su casa, programando que al día siguiente pasarían a buscar a Jacinta en el hotel en que después se alojaron ella y su mamá, para visitar algunas de las dieciséis iglesias construidas en el siglo XVI, que son parte del Patrimonio Cultural de la Humanidad. La madre de la niña estaría ocupada todo el día con los científicos del proyecto, por lo que disfrutaría el paseo con sus amigos durante el día.

Los niños también invitaron a Jacinta para el almuerzo en casa, ya que su padre cocinaría el plato típico de Chiloé, “el curanto”, hecho a base de pollo, mariscos, longanizas, papas y algunos otros ingredientes, en un hoyo con piedras calientes.

Después de comer el exquisito curanto, le preguntaron a la niña:

—¿Quieres ir a la playa a caminar?

Jacinta, aceptando agradecida, quiso pasar al hotel por la viola para tocar junto al mar con sus amigos.

En el camino, Pedro y Ana contaron más sobre la mágica historia del Caleuche, el barco fantasma que aparece de vez en cuando en el mar. Jacinta se mostró muy interesada. Al llegar a la playa, sacó su viola y empezó a tocar caminando entre las pequeñas olas de la orilla, con la esperanza de que la música podría atraer la nave. Los niños escuchaban las bellas notas recostados en la arena, mirando desbordarse la espuma de las blancas olas.

De pronto, del azul intenso del mar vieron salir una bellísima muchacha con una larga cabellera rubia, vestida de sargazo, como se denomina a cierto tipo de algas. Llegó hasta ellos y se puso a danzar en la arena, llamándoles con su tenue voz para acompañarla. Bailaron juntos muy contentos al son de las notas del instrumento de Jacinta, divirtiéndose mucho.

Agotados, se recostaron a descansar. Jacinta colocó la viola en el estuche sobre la arena y preguntó a la hermosa mujer:

—¿Quién eres?

—¡Es ella! —gritó Ana emocionada.

La bella mujer, con su fina voz, respondió:

—Soy la Pincoya, ¿acaso han oído hablar de mí? Vivo en el fondo del mar en el palacio de Millalobo, mi padre. Siempre bailo al son de la música de mi esposo, el Pincoy. Sin embargo, esta vez no me pude resistir al escuchar la bella interpretación de viola. Me han llenado de felicidad niños. Les haré un regalo. Dirigiéndose a ellos, la hermosa mujer, dijo:

—Volveré a danzar, mirando hacia el mar para que con mi magia abunden los peces y mariscos.

Jacinta volvió a tocar y la Pincoya bailó como lo prometió.

Estaban muy alegres cuando vieron pasar a lo lejos el barco fantasma. La Pincoya, conmovida, les dijo:

—Es el Caleuche con la tripulación saludando. Abuelos, bisabuelos, tatarabuelos de ustedes —expresó mirando a Pedro y Ana. —El resto son amigos que se alegran de verlos y algunos náufragos que no he podido salvar, como es mi misión, pero los llevo ahí, al barco, donde vivirán felices por toda la eternidad.

Transcurridas dos semanas, Jacinta debía partir con su madre. Pedro y Ana les contaron que el mar estaba otorgando en abundancia sus frutos. Su padre se había recuperado y podrían regresar a Santiago, para continuar sus estudios al inicio del nuevo curso.

Jacinta, feliz, se despidió de ellos. En el camino, su madre le dijo que el estudio había tenido el éxito que esperaba, por lo que estaba muy satisfecha. La niña le contó la aventura que había tenido con la Pincoya y la ayuda que ésta prestó a Pedro y Ana, para poder volver a sus estudios en Santiago.

Su madre sólo esbozó una sonrisa, estirando la mano para acariciar su mejilla. Al llegar a casa Jacinta dormía con profundidad, despertó, bajando del auto rojo de mamá, que le había proporcionado la maravillosa aventura de haber conocido a la Pincoya.